



Crónica del viaje

El Santo Padre Juan Pablo II pudo finalmente, cumplir un anhelo largamente acariciado: la visita pastoral a Cuba, que realizo del 21 al 25 de enero. Era su 81. viaje internacional.

Miércoles, 21 de Enero

Al aeropuerto, en Roma, acudieron a despedirlo el cardenal Eduardo Martínez Somalo, camarlengo de la santa Iglesia romana; los arzobispos: mons. Jean-Louis Tauran, secretario para las Relaciones con los Estados, mons. Francesco Monterisi, nuncio apóstolico en Bosnia-Herzegovina y delegado para las representaciones pontificias; mons. Francesco Colasuonno, nuncio apóstolico en Italia mons. Paolo Sardi, nuncio apóstolico con encargos especiales; y mons. Cesare Nosiglia, vicegerente de Roma; el obispo de Porto-Santa Rufina, en cuya circunscripción se halla enclavado el aeropuerto, mons. Antonio Buoncristiani; el asesor para los Asuntos generales de la Secretaría de Estado, mons. James H. Harvey; el subsecretario para las relaciones con los Estados, mons. Celestino Migliore; el regente de la Casa pontificia, mons. Paolo De Nicolò; y el jefe del protocolo, mons. Tommaso Caputo. El Gobierno italiano estaba representado por el ministro de Asuntos exteriores, Lamberto Dini. Estaban también presentes el decano del Cuerpo diplomático ante la Santa Sede el embajador de Italia, los diplomáticos de la embajada de Cuba y los embajadores de América Latina acreditados ante la Santa Sede.

El Peregrino apóstolico salió del aeropuerto romano internacional de Fiumicino y a las diez de la mañana subió al avión, un MD-11 de Alitalia, que recorrió los 7.768 km de distancia en doce horas.

Antes de dejar Italia, Juan Pablo II se despidió del presidente de la República, Oscar Luigi Scalfaro, con el siguiente telegrama: «En el momento en que comienzo mi viaje pastoral a Cuba con el deseo de encontrarme con la Iglesia que esta en Cuba y de testimoniar afectuosa estima y solicitud apóstolica hacia aquella querida población, me es grato dirigirle a usted, señor presidente, y a todo el pueblo italiano un cordial saludo, que acompaño con fervientes deseos para el progreso espiritual y social de la querida nación italiana.

Envío también telegramas de saludo a los jefes de Estado de las naciones que sobrevoló: Francia, España, Portugal, Estados Unidos y Bermudas. He aquí el que envió al rey de España Juan Carlos II: «Al sobrevolar territorio español en mi viaje apóstolico a Cuba me es grato enviar mi deferente saludo a vuestra Majestad, a la familia real, autoridades y amadísimos hijos de España, implorando sobre todos abundantes dones de paz, concordia y cristiano bienestar, a la vez que con afecto les imparto mi bendición apóstolica.

Durante el vuelo, el Santo Padre, tuvo con los periodistas una rueda de prensa.

Aunque su destino era La Habana, el avión no descendió al llegar al territorio aéreo de la capital, sino que, alargando 15 minutos su trayecto, prosiguió hasta la ciudad de Pinar del Río, pues, al no poder visitar en esta ocasión la zona occidental de la isla, Su Santidad quiso saludar y bendecir a sus habitantes. El avión papa I sobrevoló la ciudad.

El Vicario de Cristo envió al obispo de Pinar del Río, mons. José Siro González Bacallao, el siguiente telegrama: «**Al sobrevolar el territorio de esa amada diócesis de Pinar del Río, antes de llegar a La Habana para iniciar mi viaje apóstolico a Cuba, me complace dirigir un cordial saludo a los hijos e hijas de esa región occidental de la nación, cuyos atractivos naturales evocan aquella otra riqueza que son los valores espirituales que les han distinguido y que están llamados a conservar y transmitir a las gene-**



raciones futuras para el bien y el progreso de la patria. Evocando la fiel entrega de los católicos, que en torno a

su obispo son imagen viva de la Iglesia, les animo a perseverar en su opción de fe, su esperanza viva y su caridad solícita, y como prenda de mi afecto me complace impartir a toda la comunidad eclesial de Pinar del Río la bendición apostólica»

En la ciudad de Pinar del Río, así como en otros lugares de la Diócesis, multitudes de Pinareños saludaron al Santo Padre haciendo sonar las campanas de los templos y reflejando la luz del sol mediante espejos que llevaban en sus manos, en señal jubilosa acogida

Después de sobrevolar la ciudad de Pinar del Río, el avión regreso hacia La Habana.

La Habana

Apenas aterrizo el avión en el aeropuerto José Martí de La Habana, a las cuatro de la tarde hora local, subieron a darle la bienvenida el jefe del protocolo; el nuncio apostólico, mons. Beniamino Stella, arzobispo titular de Fidene; y el cardenal Jaime Lucas Ortega y Alamino, arzobispo de San Cristóbal de La Habana. Pocos minutos después, el Papa bajaba la escalerilla.

En el edificio principal del aeropuerto destacaba un gran cartel del Papa, con la leyenda: «Bienvenido Su Santidad Juan Pablo II.»

El presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros, señor Fidel Castro, como las personas que se hallaban en el aeropuerto, aplaudió sonriendo, apenas apareció Su Santidad. Luego, se acercó hasta la escalerilla y le dio la bienvenida con afecto. Dos niños y dos niñas le presentaron una bandeja con tierra de todas las provincias y de la isla de la Juventud, para que la besara. En la bandeja se hallaba reproducido el mapa de toda la isla.

Acto seguido, Juan Pablo II presento al presidente a los miembros de su séquito: los cardenales Angelo Sodano, secretario de Estado; Bernardin Gantin, presidente de la Comisión pontificia para América Latina; y Roger Etchegaray presidente del Consejo pontificio Justicia y Paz; los arzobispos mons. Giovanni Battista Re, sustituto de la Secretaría de Estado; mons. Dionigi Tettamanzi, arzobispo de Génova; y otras personalidades. El presidente, por su parte, presentó al Papa a sus colaboradores en el Gobierno del país.

A continuación, ya en el palco, después de 21 salvas de artillería en honor del Romano Pontífice, la banda del Estado Mayor general de las Fuerzas aéreas interpretó los himnos cubano y pontificio.

Después de las palabras del Presidente el Santo Padre pronunció un discurso en el que expresó sus sentimientos de afecto y los propósitos de su viaje. Luego saludó a los obispos cubanos y a otras personalidades eclesíásticas presentes -entre las que se encontraban los cardenales Juan Sandoval Iñiguez, arzobispo de Guadalajara (Mexico), y Lucas Moreira Neves, o.p., arzobispo de San Salvador de Bahía (Brasil)-, al Cuerpo diplomático acreditado en Cuba, y a la Guardia de honor.

Terminada la ceremonia de bienvenida, Su Santidad se despidió del Presidente y se dirigió, en coche descubierto, acompañado por el cardenal Jaime Ortega, a la nunciatura apostólica. A lo largo del recorrido -20 km-cientos de miles de cubanos saludaron al Papa, muchos de ellos enarbolando banderitas del Vaticano y de Cuba. Algunos esperaron el paso de Su Santidad durante horas, a pesar del calor.



En muchos sitios del trayecto se podían ver carteles con la imagen del Santo Padre y la leyenda: «Bienvenido Su Santidad Juan Pablo II». Asimismo, en numerosos postes y árboles de varias partes de la ciudad había fotografías de Juan Pablo II, con el lema de esta visita: «Mensajero de la verdad y de la esperanza»

En muchos rostros se podían leer claramente la alegría, la fe, la emoción, e incluso la sorpresa, era una experiencia única en la espontaneidad de los gestos y en los sentimientos expresados. Algunos se persignaban al pasar el Santo Padre. Todos estaban de fiesta por la llegada de Juan Pablo II, con signos externos de gozo y esperanzas de una nueva era para la Iglesia, y para Cuba. Su Santidad, por su parte, a todos los saludaba y bendecía

A la seis y media de la tarde llegó el Vicario de Cristo a la sede de la representación pontificia, que fue su residencia durante todos los días de la visita pastoral.

Jueves, día 22

Santa Clara

A las ocho de la mañana, el Papa se dirigió desde la nunciatura hasta el aeropuerto José Martí, donde tomó el avión IL 62 de la compañía Cubana de Aviación, que lo trasladó, en cuarenta minutos, hasta la base militar de la ciudad de Santa Clara, distante 250 km. Allí lo acogió el obispo de la diócesis, mons. Fernando Prego Casal, que le presentó a las autoridades locales.

En coche panorámico se trasladó Su Santidad al instituto superior de cultura física Manuel Fajardo, en cuyo amplio campo de juego se había preparado el podio, en forma de «bohío»-cabaña típica de los campesinos de la zona, hecha de madera y cañas-, cubierto con un techo de hojas de palma. A la derecha del altar se hallaba una gran estatua de la Virgen de la Caridad del Cobre, que tiene a sus pies la canoa con los tres jóvenes pescadores a quienes se apareció a inicios del año 1607.

Allí celebró Juan Pablo II su primera misa en Cuba, centrada en el tema de Los valores cristianos de la familia en la sociedad cubana. Se utilizaron en la misa algunos textos preparados expresamente para los Encuentros mundiales del Papa con las familias de todo el mundo celebrados en Roma, en octubre de 1994, y en Río de Janeiro (Brasil), en octubre de 1997. Asistieron cerca de 150.000 personas, que en diversos momentos de la celebración agitaron banderas cubanas y pontificias, y aclamaron con entusiasmo al Vicario de Cristo. Los cantos corrieron a cargo de un coro compuesto por 350 jóvenes católicos de las diversas parroquias de la diócesis.

Concelebraron con el Romano Pontífice varios cardenales, los obispos presentes en Cuba, procedentes de numerosos países, sobre todo de América, y cerca de setenta sacerdotes

En torno al altar, acompañaban al Santo Padre los cardenales Angelo Sodano, Jaime Ortega y Alamino, Bernardin Gantin y el obispo del lugar, monsenor Fernando Prego. Entre los concelebrantes se hallaban los cardenales Roger Etchegaray; Lucas Moreira Neves, o.p.; Juan Sandoval Iñiguez, Nicolas de Jesús López Rodríguez, arzobispo de Santo Domingo, Luis Aponte Martínez, arzobispo de San Juan de Puerto Rico, y Jean-Claude Turcotte, arzobispo de Montreal (Canadá); los arzobispos Giovanni Battista Re, Dionigi Tettamanzi y Oscar Rodríguez Maradiaga, s.d.b., arzobispo de Tegucigalpa (Honduras), presidente del CELAM; y el



obispo monseñor Cipriano Calderón Polo, vicepresidente de la Comisión pontificia para América Latina.

Además, se hallaba presente una representación de la Iglesia ortodoxa de Constantinopla, llegada desde Panamá

Al comienzo de la eucaristía mons. Fernando Prego, dirigió al Romano Pontífice unas palabras de saludo. Después de la lectura del Evangelio, se acercó a besar el libro sagrado, sostenido por el Papa, una familia - tres generaciones- que se ha distinguido por la vivencia, defensa y propagación de la fe. Juan Pablo II pronunció la homilía en torno al tema de la familia.

Acto seguido tuvo lugar la profesión de fe, según la fórmula de preguntas y respuestas, como la renovación de las promesas bautismales. Después de una breve monición, leída por el obispo local, el Santo Padre hizo las preguntas a los fieles, que con gran entusiasmo respondían: Sí, creo y Amen.

Al final de la profesión de fe, tuvo lugar la acción de gracias por el don de la familia en la Iglesia, que ocupó el lugar de la oración de los fieles. En ella la asamblea bendijo a Dios por todo lo que ha hecho en favor de la familia a lo largo de la historia de la salvación, y ratificó su fidelidad a la palabra del Señor.

Entre los dones que varios fieles llevaron al Vicario de Cristo se hallaba una estatua de santa Clara, patrona de la ciudad y de la diócesis, y un escudo de Su Santidad. Juan Pablo II, por su parte, entregó al obispo, monseñor Prego, un cáliz como regalo suyo para la diócesis.

En el momento de la paz, numerosos fieles se acercaron al Santo Padre para recibir el abrazo. Entre ellos, un matrimonio que cumplía sus bodas de plata, acompañado por sus dos hijos.

El Obispo de Roma dio la comunión a cincuenta personas, mientras que numerosos sacerdotes la distribuían a los fieles que se habían preparado en las parroquias los días precedentes.

Al final de la misa mons. Prego Casal invitó a los fieles a recibir la bendición del Papa. Después, explicó que había pedido al Santo Padre que se pudieran acercar a saludarlo los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y seminaristas de la diócesis y le suplicó que pudieran hacerlo también los de la diócesis de Cienfuegos (con la que han constituido una sola circunscripción eclesiástica hasta el 1 de abril de 1995); se acercaron también los representantes de la Iglesia ortodoxa. Juan Pablo II, antes de retirarse, dirigió unas breves palabras de despedida y bendijo una estatua de san José para un Santuario Diocesano de Cienfuegos.

Aunque no estaba previsto, la televisión oficial cubana retransmitió esta misa, y así toda la población del país pudo unirse a la alegría de las familias siguiendo su desarrollo en directo.

Luego, regresó a La Habana donde comió y descansó un poco en la nunciatura apostólica.

A la seis de la tarde, realizó una visita de cortesía a Fidel Castro Ruz, presidente de los Consejos de Estado y de Ministro, en el palacio de la Revolución.

Fidel Castro acogió al Santo Padre a la entrada del palacio de la Revolución. En el salón de ceremonias le presentó a las autoridades del Gobierno y recibió el saludo de los miembros del séquito del Papa. A continuación, en el despacho del Presidente, tuvo lugar el coloquio privado, que duró cincuenta minutos.



El señor Fidel Castro regalo a Su Santidad un ejemplar de la editio princeps” de la primera biografía del siervo de Dios padre Felix Varela, escrita por José Ignacio Rodríguez y publicada en Nueva York en 1878. Asimismo, le donó una medalla de la Orden Felix de Varela, que es la más alta condecoración que confiere Cuba en el campo de la cultura. Esta medalla consiste en una estrella de metal con baño de oro cuyas puntas están unidas entre si por un circulo del mismo material, tiene en el centro un relieve en oro del padre Varela.

El Santo Padre, por su parte, regalo al Presidente un cuadro en mosaico, que representa a Cristo, reproducción de un Cristo Pantocrator que se encuentra en la cripta de la basílica de San Pedro, y una medalla de su pontificado.

Mientras tanto, el cardenal Angelo Sodano, se reunió con el secretario del Consejo de ministros, Carlos Lage, en presencia del ministro de Asuntos exteriores, Roberto Robaina González. Durante el encuentro, el cardenal Sodano transmitió al gobierno cubano algunas peticiones que han llegado a la Santa Sede y al Romano Pontífice de parte de organizaciones internacionales y de algunas personas, para que se hicieran portavoces de su solicitud de un acto de clemencia en favor de detenidos en las carceles cubanas.

En la despedida, Su Santidad agradeció al Presidente las atenciones recibidas, y Fidel Castro le deseó buen viaje a Camagüey.

Acto seguido, Juan Pablo II volvió a la nunciatura apostólica, donde cenó y pernoctó.

Viernes, día 23

El Peregrino de la evangelización, a las ocho de la mañana se dirigió desde la nunciatura apostólica al aeropuerto para tomar el avión de la compañía Cubana de Aviación, que lo trasladó hasta el aeropuerto Ignacio Agramonte de Camagüey, adonde llego a las nueve y media, después de recorrer 500 km.

Camaguey

Le dio la bienvenida el obispo local mons. Adolfo Rodríguez Herrera, que le presentó a las autoridades locales. Acto seguido, se dirigió en el coche panorámico hasta la plaza Ignacio Agramonte, en donde se habían concentrado, desde hacia varias horas, miles de jóvenes cubanos y de otras naciones, alrededor de 300.000 personas. Al igual que en La Habana y Santa Clara, también aquí mucha gente salió a las aceras de las calles que recorrió Su Santidad, y todos le aclamaban, enarbolando banderitas con los colores blanco y amarillo.

La ciudad recibió al Santo Padre con los brazos y el corazón abiertos. Antes de su llegada, los fieles habían acogido a la Virgen peregrina, que colocaron junto al altar.

El podio había sido erigido a pocos metros del grandioso monumento dedicado al mayor Ignacio Agramonte, héroe Nacional de la independencia, cuyo cadáver fue arrojado por los soldados y recogido amorosamente por el siervo de Dios hno. Olallo el padre de los pobres, como se le conocía.

Una gran cruz blanca sobre un telón de fondo color rosa, dominaba desde la altura. El altar se hallaba en el centro, cubierto con un toldo adornado con grandes hojas de palma.

Al pie del monumento en honor de Ignacio Agramonte estaba el coro de 370 muchachos y muchachas, de las



diversas parroquias de la ciudad, revestidos con un manto blanco y amarillo en honor del Papa, que contribuyeron en gran medida a la solemnidad de la ceremonia.

En la santa misa participaron quince cardenales sesenta obispos y cerca de docientos sacerdotes. En torno al altar se hallaban los cardenales Sodano, Ortega, Gantin y el obispo de Camagüey.

Al comienzo de la celebración, mons. Adolfo Rodríguez dirigió a Su Santidad unas palabras en la que subrayó la gran labor de evangelización llevada a cabo recientemente por los laicos católicos en la diócesis y en toda Cuba.

Asimismo, un joven dio las gracias al Papa, en nombre de toda la juventud cubana, por su visita, y le expresó su alegría y su esperanza.

La oración colecta y las lecturas de la misa presentaron a Cristo como única fuente de verdad y de vida para el cristiano, para librarlo del mal y hacerlo testigo de la fe en la vida diaria. En torno a ese tema central giró la homilía de Su Santidad en la que pidió a los jóvenes que llevaran una vida limpia y que fueran valientes en la verdad, audaces en la libertad, constantes en la responsabilidad, generosos en el amor e invencibles en la esperanza.

La juventud allí congregada vivía una atmósfera de gran fiesta. Globos blancos y amarillos se elevaban al cielo, junto con los continuos cantos y aclamaciones. Los jóvenes coreaban repetidamente: Juan Pablo II te quiere todo el mundo, Juan Pablo, Pastor, Camagüey te da su amor; El Papa se queda en Camagüey y otros estribillos. En un momento, al escuchar una porra mexicana, el Santo Padre comentó: «Son cubanos que parecen mexicanos. O son mexicanos que parecen cubanos. También con la Virgen del Cobre son guadalupanos.

El obispo de Camagüey introdujo la profesión de fe, que, como en la misa anterior, consistió en las preguntas del Santo Padre y las respuestas de la asamblea: Si, creo y Amen. Al final, diversos jóvenes leyeron las intenciones de la oración de los fieles: por la Iglesia, por la unidad de la familia, por la juventud, por los que sufren, por la justicia y la paz en la sociedad y por los difuntos.

Antes de impartir la bendición, Juan Pablo II entregó a los jóvenes un mensaje inspirador y pragmático. El entusiasmo de la juventud era desbordante; componían infinidad de estribillos, adaptados a las circunstancias.

Terminada la misa, el Papa volvió al aeropuerto de Camagüey, en cuyo frontispicio, con letras muy grandes, destacaba el mensaje: Buen viaje Su Santidad Juan Pablo II, para regresar a La Habana.



Por la tarde, tuvo el encuentro con el mundo de la cultura en el aula magna de la universidad de La Habana, fundada el 5 de enero de 1728 por los padres dominicos. En la actualidad posee 15 facultades, 14 centros de investigación en los que se imparten clases diurnas y por correspondencia a más de 12.000 estudiantes. Una multitud entusiasta, con desbordante alegría esperaba al Santo Padre en las calles aledañas a la Universidad

A su llegada, en torno a las 18.30, fue recibido personalmente a las puertas de la Universidad por el presidente Fidel Castro, que, aunque no estaba previsto, quiso participar en el encuentro. Ya en el aula magna, el presidente Castro le presentó al ministro de cultura, señor Abel Prieto, y este, a su vez a las demás personalidades cubanas del mundo de la cultura allí presentes.

A continuación, Juan Pablo II se dirigió a orar unos momentos ante los restos del siervo de Dios padre Felix Varela, que reposan allí en una urna de mármol blanco, con una inscripción, en latín, que reza: Aquí descansa Felix Varela, sacerdote sin mancha, filósofo eximio, insigne educador de los jóvenes, artífice y defensor de la libertad de Cuba. Mientras vivía, dio gloria a la patria; tras su muerte, sus conciudadanos lo honran en esta alma universidad desde el 19 de noviembre de 1911. Juventud estudiosa, recuerda a un hombre tan grande

Mientras Su Santidad oraba en silencio ante la urna, el coro Exaudi cantaba el Gloria in excelsis.

Acto seguido, el cardenal Jaime Ortega, le dirigió unas breves palabras de presentación. A continuación, el rector de la Universidad, dr Juan Vela Valdés pronunció un amplio discurso. Estamos seguros -dijo en un momento de su intervención- de que el día de hoy quedara profunda y definitivamente inscrito en la historia académica, científica y cultural de la universidad de La Habana y de nuestro país. El Obispo de Roma correspondió enjundioso discurso resaltando el alma, las raíces cristianas de la cultura nacional.

En el encuentro participaron cerca de trescientos representantes cubanos del mundo de la cultura: intelectuales, artistas y educadores. También se hallaban presentes todos los obispos de Cuba.

Terminado el acto, a las 19.30, Su santidad volvió, entre las aclamaciones de la gente que le esperaba por las calles de su recorrido, hasta la nunciatura apostólica, donde cenó y pernoctó.

Sábado, día 24

Santiago de Cuba

Temprano, como en los días anteriores, el Peregrino apostólico se trasladó en avión hasta el aeropuerto Antonio Maceo de Santiago de Cuba, distante 750 km, en un vuelo de hora y media. El arzobispo metropolitano mons. Pedro Claro Meurice Estiu, lo acogió a su llegada y le presentó a las autoridades locales.

El Papa siguió en el coche panorámico hasta la plaza Antonio Maceo en la que dio una vuelta por entre la multitud, antes de llegar al podio preparado en la escalinata del monumento ecuestre, de piedra negra, dedicado a este héroe nacional, natural de esa región, muerto en batalla en 1896. Allí celebró la santa misa, con la participación de más de quinientas mil personas, en la que coronó la imagen de la patrona de Cuba.

Muchas horas, e incluso días, antes de que Su Santidad llegase miles de fieles se encaminaron a esta plaza de Santiago de Cuba, provistas de agua para soportar el calor y llenas de alegría por la visita del Vicario de Cristo. Los que acudieron de localidades más lejanas, tuvieron que viajar horas en camiones o vehículos



improvisados.

El palco, coronado por una gran cruz, se elevaba en medio de la plaza. En el centro del mismo se hallaba un crucifijo y, a la derecha, la imagen original de la Virgen de la Caridad del Cobre, traída del santuario.

Acompañaron a Su Santidad en torno al altar los cardenales Sodano, Ortega, Gantin; el arzobispo local, monseñor Pedro Meurice; concelebraron, asimismo catorce cardenales, noventa entre arzobispos y obispos, y más de cien sacerdotes. A la ceremonia asistió, entre otras personalidades, el señor Raúl Castro Ruz, hermano del presidente de la República.

En la liturgia se utilizaron los textos de la misa de la Virgen de la Caridad del Cobre. Al comienzo de la celebración, el arzobispo Meurice dirigió al Papa unas palabras presentando a su pueblo con sus necesidades y aspiraciones.

Juan Pablo II pronunció la homilía resaltando la relación entre fe y gracia así como la presencia y significado de la Virgen de la Caridad en la historia de Cuba.

Los fieles expresaban sin cesar su entusiasmo y gritaban: Juan Pablo, hermano, ya tu eres un cubano y otros estribillos parecidos. Cuando exclamaron: Juan Pablo, amigo, Cuba está contigo, él, improvisando, respondió: Cuba, amigo, el Papa está contigo.

Después de la oración de los fieles, tuvo lugar el acto central de la celebración: la solemne coronación de la patrona de Cuba. La imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre ya había sido coronada, el 20 de diciembre de 1936, por el entonces arzobispo de Santiago de Cuba, mons. Valentín Zubizarreta, en representación del Papa Pío XI. Pero, el Santo Padre Juan Pablo II quiso hacerlo ahora personalmente.

Cuatro sacerdotes concelebrantes acercaron al Vicario de Cristo la imagen de la Virgen y el Papa la coronó, y colocó en su brazo un rosario de oro, que el mismo quiso dejarle como regalo. En la corona de la Virgen se lee esta inscripción: Arribó sobre las aguas del mar la Madre de Dios, la Virgen de la Caridad del Cobre. En el momento en que el Santo Padre coronó a la patrona de Cuba, toda la asamblea manifestó su alegría, con aplausos y aclamaciones de entusiasmo, y varios seminaristas pusieron a los pies de la Virgen cuatro cirios encendidos, flores y la bandera nacional.

En el ofertorio, los dones fueron presentados por fieles de las tres circunscripciones eclesíásticas de la región: Holguín, Santísimo Salvador de Bayamo y Manzanillo, y Santiago de Cuba.

La diócesis de Holguín ofreció como don una barca de artesanía local, que representaba a los tres pescadores a los que se les apareció la Virgen de la Caridad; la diócesis de Santísimo Salvador de Bayamo y Manzanillo, un pergamino con la partitura del himno nacional (lo compuso un bayames), un escudo de Cuba y una bandera; y la de Santiago de Cuba, entre otras cosas, la cruz de la Parra, un cuadro de la Virgen de la Caridad y otro con un retrato del Santo Padre.

Al final de la celebración, el Papa anunció la erección de una nueva diócesis en Cuba, la de Guantánamo-Baracoa, y el nombramiento de mons. Carlos Jesús Patricio Baladrón Valdés, hasta ahora auxiliar de San Cristóbal de La Habana, como pastor de dicha circunscripción eclesíástica, quien dio las gracias por su nombramiento al Santo Padre y recibió como don del Vicario de Cristo un cáliz. Los fieles manifestaban continuamente su entusiasmo con diversos estribillos: Juan Pablo, hermano, quédate conmigo aquí en Santiago.



Cuba con el Papa renueva su esperanza, Cuba con María renueva, su alegría, Juan Pablo, valiente, te aclama todo Oriente, etc.

Concluida la celebración, los sacerdotes de las diócesis de Holguín, Santísimo Salvador de Bayamo y Manzanillo, y Santiago de Cuba, pasaron a la sacristía para saludar al Santo Padre. Seguidamente, Juan Pablo II volvió al aeropuerto, para trasladarse a la capital, adonde llegó alrededor de las seis de la tarde.

La Habana

Su Santidad salió de la nunciatura apostólica a las 18.30, para dirigirse en coche al santuario de San Lázaro, principal lugar de peregrinación en la región occidental de la isla, situado en la localidad de Rincón de La Habana, distante de la nunciatura 26 km. Allí tuvo un encuentro con un centenar de enfermos de lepra -ingresados en el cercano hospital Guillermo Fernández Hernández-Baquero-, llamado así en homenaje a un famoso dermatólogo cubano-, y de sida, atendidos en un centro situado a 2 km del hospital.

El leprosorio cuenta con la presencia y el servicio de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul. Quienes cuidan a los enfermos de lepra desde el siglo pasado.

A las puertas del santuario el Papa fue acogido con el repicar de las tres campana del templo y con la música del Aleluya del Mesías de Händel, interpretada por la Orquesta del hospital psiquiátrico de La Habana, formada por veinticinco miembros. Dentro de la iglesia, mientras Su Santidad, al pasar hacia el altar, bendecía y tocaba la frente de los enfermos que bordeaban el pasillo central, un coro de niños, dirigidos por una de las Hijas de la Caridad, le dio la bienvenida con cantos.

El acto comenzó con un breve saludo litúrgico leído por el Papa y una oración a san Lázaro, cuya estatua presidía el retablo del ábside. A continuación, el cardenal Ortega, arzobispo de San Cristóbal en La Habana, dirigió al Santo Padre unas palabras de bienvenida. El Romano Pontífice pronunció un discurso acerca del sentido cristiano del sufrimiento y de la solidaridad cristiana ante el dolor humano.

Tras el rezo del Padre nuestro, y la bendición final, el Santo Padre quiso saludar personalmente a los leprosos y sidosos presentes en el templo, y los fue bendiciendo, acariciando, a la vez que les regalaba un rosario a cada uno. Mientras tanto, el coro de los niños, tan emocionados que casi todos lloraban abundantemente, cantaba varias piezas en honor del Santo Padre.

Una niña ciega, al micrófono, dijo al Vicario de Cristo: Santo Padre, en nombre de los niños que son como yo quiero saludarle, y, aunque no lo podamos ver, esperamos verlo en la gloria.

Como recuerdo de su visita, el Papa entregó al rector del santuario una casulla blanca.

Después de bendecir a los enfermos y saludar a algunas religiosas y enfermeros, el Santo Padre regresó a la nunciatura, donde cenó y pasó la noche.

Domingo, día 25.

El último día de la estancia del Papa en Cuba fue una jornada muy intensa. A las ocho de la mañana, El Vicario de Cristo celebró un encuentro ecuménico en la nunciatura. Durante el mismo, entregó a los representantes de las otras Iglesias y confesiones religiosas un mensaje.



A continuación Su Santidad se trasladó hasta la plaza de la Revolución José Martí de La Habana, donde tuvo lugar la celebración más grandiosa y emotiva de esta peregrinación apostólica: la misa dominical, a la que asistieron más de un millón de personas, en su mayoría cubanos de la capital y de las regiones vecinas, pero también muchos católicos venidos de otros países. Estuvo, asimismo, presente el señor presidente Fidel Castro, acompañado de otras autoridades civiles.

La plaza José Martí, teatro de grandes acontecimientos de la historia cubana reciente, se convirtió en un templo al aire libre, presidido por el crucifijo y la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre. Al fondo de la plaza, destacaba el gran mural, del Sagrado Corazón con las palabras: **Jesucristo, en ti confío**, que cubría casi toda la fachada de la Biblioteca Nacional.

El palco, sobre el que destacaba la cruz y un gran escudo del Papa Juan Pablo II, con el lema *Totus tuus*, estaba adornado con flores de todo tipo y color. El Papa, a su llegada, dio una vuelta por la plaza en el coche panorámico para saludar y bendecir a todos:

Concelebraron 20 cardenales y más de 150 entre arzobispos y obispos, e innumerables sacerdotes, llegados de todas partes del mundo, especialmente de los países de América, entre los que se encontraban una numerosa representación de los Estados Unidos. Un gran coro, compuesto por 420 miembros La Schola cantorum Carolina, y una orquesta contribuyeron a dar gran solemnidad a la ceremonia.

Después del saludo litúrgico, el cardenal Jaime Lucas Ortega arzobispo local, dirigió al Santo Padre unas palabras de saludo y presentación.

La liturgia de la palabra estuvo centrada en el tema del anuncio del mensaje de Cristo mediante el compromiso de la nueva evangelización. Su Santidad pronunció la homilía, que fue continuamente interrumpida -más de veinte veces- por los aplausos y aclamaciones de la asamblea. Juan Pablo II, en una ocasión, comentó en voz alta: El Papa no es contrario a los aplausos, porque le permiten reposar. En otro momento dijo: Ustedes son un auditorio muy activo. Algunos de los estribillos que los cubanos gritaban, además de los clásicos, como: Juan Pablo II, te quiere todo el mundo; Juan Pablo, amigo, Cuba está contigo; o Juan Pablo, hermano, ya tú eres un cubano, eran: Un Papa libre nos quiere a todos libres; Cuba católica siempre fiel; Lo sé, lo he visto, con el Papa está Cristo.

Terminada la homilía, Juan Pablo II bendijo a la asamblea con el libro de los Evangelios y entregó un ejemplar de la sagrada Escritura a veinte fieles de las diócesis de Pinar del Río, Matanzas y San Cristóbal de La Habana, en representación de todas aquellas personas que durante el tiempo de preparación de la visita habían ido casa por casa llevando a todos el mensaje de Cristo.

Seguidamente, toda la asamblea, como en las celebraciones anteriores de la visita, proclamó con gran entusiasmo su profesión de fe, respondiendo con notable vigor a las preguntas del Santo Padre: Sí; creo, Amén'.

Presentaron las ofrendas fieles de las diócesis de Pinar del Río, Matanzas y San Cristóbal de La Habana: el pan, el vino y otros dones representativos de dichas diócesis, entre ellos un cuadro de san Cristóbal; dos niños y una niña, de tres, cinco y siete años, ofrecieron al Papa un cesto de flores.

Antes de rezar el Angelus e impartir la bendición, el Vicario de Cristo pronunció una alocución que acompañó el rezo del Angelus. Al final, desde el presbiterio, estuvo varios minutos saludando y bendiciendo a la inmensa



multitud.

Al bajar del palco para encaminarse a la sacristía, el presidente Fidel Castro se le acercó para saludarlo.

Desde la Plaza de la Revolución, Juan Pablo II se trasladó al arzobispado donde se reunió con los miembros del Episcopado cubano y del séquito papal. Al comienzo del encuentro, el presidente de la Conferencia, el cardenal Ortega, pronunció las palabras cargadas de afecto y agradecimiento. El Santo Padre entregó, por su parte, a los Obispos de Cuba un importante mensaje abarcador y programático para la vida de la Iglesia en esa nación.

A las cuatro y media de la tarde, Juan Pablo II salió de la nunciatura apostólica para dirigirse a la catedral de La Habana, dedicada a la Inmaculada Concepción y a San Cristóbal. Allí, se reunió con los sacerdotes, los religiosos, las religiosas (entre ellas un grupo de Carmelitas descalzas), los seminaristas y los laicos cubanos comprometidos en el trabajo pastoral.

Apenas bajó del coche panorámico, el Santo Padre quiso saludar personalmente a muchas de las personas que se habían dado cita para aclamarlo en la plaza frente a la catedral. El Papa acudió hasta las vallas, estrecho las manos a todos los que le fue posible y los bendijo con amor.

Ya en el templo, mientras el coro cantaba el Tu es Petrus, Su Santidad fue avanzando lentamente por el pasillo, saludando y dando la mano a todos los que lo bordeaban. Después de atravesar la nave central, se recogió unos minutos en oración en la capilla del Santísimo Sacramento, situada a la izquierda del altar.

Al comienzo del acto, que revistió la forma de celebración de la Palabra, habló nuevamente el cardenal de La Habana. Después de la oración y la proclamación del Evangelio, el Peregrino apostólico pronunció un discurso. Siguió la oración universal y el Padre Nuestro. La celebración se concluyó con la bendición apostólica.

Desde la catedral, el Mensajero del amor se trasladó directamente al aeropuerto internacional José Martí de La Habana, donde tuvo lugar la ceremonia de despedida. Tomaron parte en ella el presidente Fidel Castro, numerosas autoridades civiles, políticas y militares del país, así como los obispos de Cuba.

El Presidente acogió al Romano Pontífice a su llegada y ambos se dirigieron hasta el podio, desde donde escucharon los himnos pontificio y cubano. Después de desfilas ante ellos la guardia de honor, Fidel Castro pronunció las palabras de despedida y Su Santidad correspondió con un discurso.

Acto seguido, el Romano Pontífice se despidió de las autoridades y, acompañado del Presidente, se dirigió hasta la escalerilla del avión.

A las siete y media de la tarde despegó el MD-11 de Alitalia con rumbo a Roma. Antes de dejar el cielo cubano, Juan Pablo II envió al presidente Fidel Castro el siguiente telegrama: Al finalizar mi grata permanencia en la República de Cuba, me complace expresar mi vivo agradecimiento a usted, señor presidente, a las autoridades y a todo el pueblo cubano por la hospitalidad que me han dispensado, así como por las sentidas y continuas muestras de afecto y cercanía con las que me han acompañado en cada momento. Mientras reitero mi aprecio a los amadísimos ciudadanos cubanos, renuevo mis mejores votos por su progreso humano y cristiano y por el bienestar espiritual y material de esa querida nación, a la vez que pido, por mediación de nuestra Señora de la Caridad del Cobre, para todos y cada uno de ellos la constante protección del Altísimo.



Lunes, día 26

Después de nueve horas y media de vuelo, el avión papal aterrizó a las once de la mañana del lunes, día 26, en el aeropuerto romano de Ciampino, donde le dieron la bienvenida el cardenal Camillo Ruini, los arzobispos Jean-Louis Tauran y Francesco Colasuanno, y otras personalidades. El Gobierno italiano se hallaba representado por el señor Romano Prodi, presidente del Consejo de Ministros.

Acto seguido, Juan Pablo II se trasladó en helicóptero a la ciudad del Vaticano, concluyendo así esta histórica peregrinación apostólica.